

Medievo - Renacimiento



VECCHI:

Requiem. GRAINDELAVOIX. Director:
BJÖRN SCHMELZER. GLOSSA 32113. 1 CD.

La excusa para grabar el primer requiem que acomete en disco Graindelavoix es recrear la música a ocho voces que pudiera haber sonado en la misa del funeral de Rubens (Amberes, 1640), firmada por Orazio Vecchi (que nunca salió de Italia) en 1612, misa impresa en tórculos de la ciudad belga. Una excusa, pero muy bien traída a colación en el disco en que estos intérpretes hacen menos exhibición de su idiosincrática textura vocal (créanme), el más apaciguado. Por supuesto, no faltará algún toque nasal, ni algún arrastre que ponga de los nervios a los puristas, ni esta o aquella entrada estridente (la del contratenor sobre “dona” del *Requiem aeternam*, a los pocos segundos de comenzar, sin ir más lejos), porque son ellos, pero es una oportunidad de reconciliación para los relapsos, y de disfrute para los *groupies*.

Poder disfrutar de las notas que hace para cada programa Björn Schmelzer parece que justifica, en sí, hacerse con el disco. Es tan buen ensayista como músico, y después de cada lectura se puede decir que nos disponemos a pensar de otra manera un rincón de la historia, de la música, del arte, en general. Estos cuadernillos de los discos están condenados al olvido, cuales arquitecturas efímeras que habrán de desmontarse en cuanto el rey haya pasado bajo el arco floral, cuando le hayamos echado un vistazo a estas letras. Pero estas tienen poco de trampantojo y ofrecen sólida arquitectura, para volver una y otra vez. Son inseparables de la música, y ayudan a dimensionarla. En realidad, el texto es un resumen de un denso artículo del autor (*Singers in a church: implications of voice, sound and movement in post-iconoclastic interiors by Van Steenuwijck, Grimmer and Neeffs*) para el catálogo de la exposición “Divine Interiors. Experience churches in the age of Rubens”, organizada por el Museum Mayer van den Bergh (Claire Baisier, ed. 2016, págs. 38-55).

El programa hace dialogar tres registros distintos: por un lado, el pictórico, al tratar de entender esos interiores edilicios

Otra producción garantizada con idénticas calidad, toma de sonido, pulcritud y pasión que el resto de obra, aunque con un punto menos de iconoclasia, la misma que vació y blanqueó las iglesias de Amberes en 1578 a la llegada calvinista

eclésiásticos de la pintura flamenca de principios del siglo XVII, siempre góticos, y ojo a este último adjetivo. ¿Se habían fijado ustedes? ¿Por qué no se representan iglesias contemporáneas? Por otro lado, la reflexión sociológica o etnográfica casi, con la teoría sobre el uso del *huik*, un velo negro que cubre por entero el cuerpo de las mujeres de cabeza a rodillas, utilizado hasta el siglo XX en ciertas zonas de Holanda, como la imagen de portada demuestra, prenda presente también en esos lienzos holandeses del primer barroco; finalmente, la reflexión sobre este barroco (en contraposición al que le seguirá) y su gusto por la máscara, el disfraz, que más que algo que oculta es aquello que se expone, que protagoniza.

Resulta impresionante la audición de los coros dobles perfectamente distinguibles en la interpretación de la secuencia *Dies irae* (morosos y esplendentes doce minutos), o los juegos de voces agudas en el *Libera me, Domine*, que es de Paolo Bravusi, discípulo de Vecchi. Esta vez la formación escogida es de nueve voces (la mayor parte de las piezas son a ocho voces, así que casi es la formación mínima para practicar los *divisi*), dos sopranos y el resto masculina, efecto tímbrico del gusto de este director, y entre tales, como casi siempre, gargantas hispanas, las de los tenores Albert Riera (Barcelona) y Andrés Mirabete (Murcia). De propina se ofrece casi entera una misa de George de La Hèle (*Kyrie, Sanctus, Agnus*), de agotador contrapunto, y dos extensos *Agnus* de Pedro Ruimonte y Duarte Lobo completan el generoso minutaje.

Otra producción garantizada, la decimotercera, con idénticas calidad, toma de sonido, pulcritud y pasión que el resto de (su ya amplia) obra, aunque con un punto menos de iconoclasia, la misma que vació y blanqueó las iglesias de Amberes en 1578 a la llegada calvinista. Quizá esta mansedumbre sea también disfraz, de su inconfundible “grano de la voz” en este caso.

Josemi Lorenzo Arribas